

La Última Curva



Art. 59 30 de marzo de 2026

Por David Landazabal – Vicepresidente de Stop Accidentes, víctima de siniestros viales y autor de *La Última Curva*

No fue una bronca

Reflexiones desde el límite entre lo legal y lo absurdo

No fue una bronca. Aunque desde fuera lo parezca y aunque a algunos les venga bien reducirlo a eso. No fue una salida de tono ni un momento de tensión puntual. Fue otra cosa. Fue el instante en el que uno deja de intentar sonar correcto y empieza a hablar desde un lugar que no se elige, pero que te cambia para siempre.

Fue el momento en el que, mirándoles a la cara, tuve la sensación de que no estaban entendiendo nada.

No estaban entendiendo que no hablábamos de leyes, ni de procedimientos, ni de encajes jurídicos más o menos discutibles. No hablábamos de si el texto era mejorable o de si el momento era oportuno. Hablábamos de vidas. De vidas reales. De las que no se corrigen con una enmienda ni vuelven en una segunda votación.

Y mientras decía todo eso, no podía evitar que se me viniera a la cabeza algo muy concreto. No era una idea o un argumento. Era una escena.

Una ausencia.

Porque cuando has vivido lo que yo he vivido, cuando sabes lo que es que una decisión en carretera cambie una vida —o varias— para siempre, hay cosas que dejan de ser teóricas. Ya no hablas desde la estadística. Hablas desde el hueco que queda. Desde lo que falta. Desde lo que no vuelve.

Y eso no se puede explicar del todo. Pero se siente. Y pesa.

Por eso pedí algo muy sencillo: empatía. No técnica, ni ideológica, ni estratégica. Empatía. Que por un momento dejaran de ser diputados y fueran personas —que por otra parte es lo que son, que nadie se olvide—. Que se pusieran, aunque fuera unos segundos, en el lugar desde el que yo estaba hablando.

En ese lugar donde una silla vacía no es una metáfora.

Donde una llamada a medianoche no es una escena de película.

Donde un “por una copa no pasa nada” se convierte en algo que no se puede deshacer.

Pero mientras hablaba, había algo que se hacía evidente. Algunos escuchaban. Otros simplemente aguantaban. Y unos cuantos estaban allí sin estar realmente. Y eso, cuando vienes de dónde vienes, duele de una forma distinta. No es enfado. Es otra cosa. Es la sensación de estar hablando de algo demasiado serio... en un lugar que no siempre está dispuesto a asumirlo o preparado para escucharlo.

Y ahí es donde empiezas a entender por qué pasan estas cosas.

Porque cuando el dolor entra en una sala institucional, incomoda. Mucho. Rompe el ritmo previsto, descoloca el tono, no encaja bien en el orden del día. Y entonces ocurre algo muy humano, pero también muy peligroso: se vuelve a lo seguro. A lo técnico. A lo discutible. A lo aplazable, y otra vez.

Se habla del procedimiento.

Del encaje jurídico.

De si esto debe hacerse por ley o por reglamento.

Todo muy correcto. Todo muy razonable — bueno, quizás no —. Y todo, al mismo tiempo, muy lejos de lo importante.

Porque lo importante era otra cosa.

Era decidir si estamos dispuestos a seguir tolerando una cantidad de alcohol al volante que sabemos que incrementa el riesgo. Era decidir si damos un paso adelante o si seguimos instalados en la comodidad de lo conocido. Era, en el fondo, asumir hasta dónde estamos dispuestos a proteger de verdad.

Y esa decisión —aunque se disfrace de matiz técnico— ya se ha tomado.

Por eso el tono no fue cómodo. Ni pretendía serlo. Hay momentos en los que hablar suave es otra forma de no decir la verdad. Y la verdad, cuando la has vivido, cuando la llevas contigo, no siempre suena bien. Pero es la que es.

Aquí no ha fallado la información.

No han fallado los datos.

No ha fallado el conocimiento del problema.

Ha fallado la decisión.

Se ha decidido que no era el momento. Que no era la forma. Que no era suficiente.

Y mientras tanto, fuera de esa sala, la vida sigue.

Sigue habiendo alguien que piensa que “por una copa no pasa nada”.

Sigue habiendo alguien que se pone al volante después.

Y sigue habiendo alguien que no llega.

Yo sé lo que significa no llegar.

Y sé lo que significa quedarse.

Quedarse con preguntas.

Con recuerdos.

Con silencios que no se llenan.

Por eso no fue una bronca.

Fue una forma de recordarles que lo que hacen importa. Que sus votos no se quedan en un acta. Que bajan a la carretera y se convierten en decisiones reales, en consecuencias que alguien va a tener que vivir. Fue una manera de pedirles que estén a la altura.

No sé si sirvió. No sé si alguien cambió de opinión o si, al menos, se incomodó lo suficiente como para replantearse algo. Pero sí sé que hay un punto en el que ya no vale hablar bien, ni sonar correcto, ni buscar el encaje perfecto.

Hay un punto en el que lo único que queda es decir las cosas como son.

Porque si dejamos de hacerlo, si suavizamos el mensaje, si evitamos incomodar... entonces ellos dejarán de sentirlo.

Y cuando eso pase, cuando ya no haya ni incomodidad ni verdad, entonces sí estaremos ante un problema mucho mayor.

No fue una bronca.

Fue lo más cerca que estuve de hacerles sentir, aunque solo fuera durante unos segundos, lo que significa que algo así te atravesase la vida.

Y al salir de esa sala, con todo ya votado, con todo ya decidido, la sensación fue tan clara como difícil de aceptar:

**no estamos a la altura de las circunstancias...
pero mucho menos a la altura de las víctimas.**